JOSÉ
BERGAMÍN

DUENDECILLOS MUSARAÑEROS

Sé que un día llegará
en que te irás de mi lado
y ya nunca volverás.

Y ese día no será
el día menos pensado
sino el que se piensa más.

*

Yo no sé por qué ni cómo
cuando los estoy mirando
la luz se apaga en tus ojos.

*

¡Qué tenebrosa infinitud de noche
abisma el pensamiento
cuando los ojos miran la ilusoria
quietud del firmamento!

Cuando escucha el oído la celeste
música del silencio
y el corazón y el alma se han quedado
mudos, sordos y ciegos.

*

Hablas y hablas
y de lo que tú dices
no sabes nada.

¿Por qué no callas
alguna vez, y aprendes
a estar callada?

*

Estoy oyendo campanas
no sé dónde y me parece
que suenan dentro del agua.

Porque su oscuro sonido
llega del fondo de un mar
que sólo escucha mi oído.

Todo es según se mire.
No siempre nos parece
ni tan triste la noche
ni el día tan alegre.

Tristezas y alegrías
se juntan de repente.
Y de pronto a la vida
le sonríe la muerte.

Al cementerio no debe
llamársele campo santo:
los muertos no son de Dios,
los muertos son del Diablo.

Tengo sueño, tanto sueño,
que no me entero siquiera
si estoy dormido o despierto.

Y no me quiero enterar
que estoy sonambuleando
mi vida por no soñar.

*

Y así va pasando el tiempo.
Y van pasando los años.
Y los meses y los días.
Y los vamos olvidando.

Y al fin, cuando alguna vez
querríamos recordarlos,
es el sueño de otra vida
lo que estamos recordando.

*

Había una sombra en el suelo,
y otra sombra en la pared:
Y las dos eran la misma
y distintas a la vez.

Y yo no supe, mirándolas
al derecho y al revés;
y yo no supe ¡ay! no supe,
no supe nunca por qué.

*

Sombra de caracol,
eco de caracola;
rompe el rayo de sol
la cresta de la ola.

Sobre la arena, apenas
con señales visibles
si dejan las sirenas
sus huellas imposibles.

Y el inaudito coro
que el oído adivina
como un tropel sonoro
huye por la marina.